

UN CONGRESO TOMISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFIA

Los Congresos científicos vienen siendo a veces reuniones de unos pocos especialistas, que se congregan para confrontar sus respectivos puntos de vista sobre un tema previamente concertado, con miras a apurar en la discusión sus diferencias y llegar a una síntesis más precisa y depurada. Otras veces son magnas asambleas en las que la multiplicidad y la variedad misma de las aportaciones ahogan la posibilidad de una síntesis inmediata y obligan a contentarse con ilustrar diversamente el conocimiento analítico de la materia tratada.

Entre esos dos extremos el *IV Congreso Tomista Internacional*, celebrado en Roma en el mes de Septiembre, se quedó decididamente del lado del segundo. Los temas propuestos fueron tres: *el estado actual de las ciencias, las dialécticas hegeliana y marxista, el existencialismo*, así, en toda su imprecisión y con toda su heterogeneidad, por más que considerados desde un común punto de vista: *en relación con la doctrina de Santo Tomás*. La asistencia fué numerosa, proveniente de muy varias zonas culturales: de los países de habla inglesa, particularmente de América, de Bélgica, de Alemania, de España y América española, de Francia y, desde luego, de Italia, con gran mayoría, sin duda, del clero en sus múltiples ramas, pero sin que faltaran seculares de ambos sexos. Las sesiones, todas ellas plenarios, se ajustaron a un orden—las Comunicaciones eran todas resumidas por grupos y por un único relator en la primera parte—que limó el carácter personal y los ángulos peculiares de las aportaciones escritas, por lo que fué en la segunda parte, la prevista para la discusión, donde cada cual procuró puntualizar o exponer su propio pensamiento, quedando la discusión propiamente tal reducida al *mínimum*.

De este modo el Congreso fué más que un laboratorio en que las ideas se cotejaron y mezclaran entre sí para obtener sus últimas resoluciones, una simple galería, en la que hora a hora se pudo ir pasando revista a un nutrido desfile de conceptos, no menos aleccionador desde luego, por heterogéneo e inconexo. De las Comunicaciones escritas enviadas con suficiente antelación existe ya constancia en un volumen

titulado *Sapientia Aquinatis*, que fué puesto en las manos de los congresistas al iniciarse la asamblea, por más que en su grueso formato no resultara nada fácil de manejar en las sesiones. De las intervenciones orales se anunció que se daría pronta cuenta en el acostumbrado volumen de las Actas.

Por todo lo dicho, a la hora de intentar un balance de las ideas afloradas en el Congreso, no resulta nada fácil decir algo preciso. Las conclusiones formuladas por el P. Boyer, como Secretario del Congreso, en la sesión de clausura, intentando resumir los resultados obtenidos, no pudieron tampoco menos de ser muy escasas y parciales. Tal como las recordamos son éstas: En lo tocante al saber físico, 1) que hay que distinguir cuidadosamente entre lo que constituye un conocimiento sólidamente adquirido y entre lo que no pasa de mera teoría, y 2) que el hilemorfismo pende esencialmente de la noción de «corpus unum per se», cuya discriminación pertenece fundamentalmente a las ciencias experimentales. Sobre las dialécticas de Hegel y Marx, que se ha puesto de manifiesto la superioridad de la doctrina tomista del acto y la potencia, que permite a la mente elevarse a la demostración de la existencia del Acto puro. Y en cuanto al existencialismo, que ha vuelto a suscitar la vieja cuestión de los universales, en la que es Santo Tomás el maestro indiscutible.

De todas maneras ha engarzado las sesiones y comunicaciones de este Congreso un poderoso nervio de unidad, que ofrece por sí mismo materia para importantes consideraciones, aparte las numerosas enseñanzas que desde numerosos puntos de vista más o menos generales proporciona necesariamente una manifestación intelectual de tanta riqueza y variedad. Me refiero al aspecto formal único bajo el cual fueron estudiados todos los puntos de los temas propuestos: su relación con la doctrina de Santo Tomás. No en vano se trata de un Congreso tomista, patrocinado y organizado por la Pontificia Romana Academia de Santo Tomás de Aquino, a la que en su Carta fundacional, allá por el año 1879, asignaba León XIII la misión de «exponer y comentar las obras del Doctor Angélico, explicar sus doctrinas y cotejarlas con las opiniones de los demás filósofos». Ninguno de los Congresos anteriores se había propuesto, tan expreso como el último, esta misión específica de comparar la doctrina de Santo Tomás con doctrinas ajenas, particularmente con doctrinas de tanta envergadura y actualidad como las aquí propuestas. Y creemos que el parangón hecho ha sido sumamente alleccionador, tanto en su mismo planteo y desarrollo cuanto en sus resultados de conjunto. Es en estas lecciones donde queremos espigar brevemente. Nos vamos a servir para ello de nuestras notas del Congreso ayudadas por el texto de las Comunicaciones registradas en el volumen *Sapientia Aquinatis*.

Para nuestro propósito no podemos dejar de referirnos, ante todo, al discurso con que el Santo Padre quiso abrir las sesiones del Congreso. En él el Papa manifestó, una vez más, su terminante deseo.

muchas veces ya expresado, incluso en documentos solemnes, de que se estudie asidua y profundamente a Sto. Tomás, entre otras razones —escogemos nosotros— por su excepcional aptitud «para llevar los espíritus ya formados a penetrar las verdades hasta en sus significaciones más recónditas» y «para recoger los frutos del verdadero progreso»; confirmó la permanente vigencia de la Encíclica *Aeterni Patris* de León XIII, y reiteró, haciéndolas suyas, las palabras del mismo Pontífice: «Discedere inconsulte ac temere a sapientia Doctoris res aliena est a voluntate nostra eademque plena periculi». A continuación el Santo Padre, centrándose en los temas del Congreso, concretamente en el primero, mostró de modo efectivo en el análisis de tres puntos particulares de la física moderna, cómo la doctrina de Santo Tomás, lejos de haber quedado arrumbada en este campo, se muestra aún efficacísima para seguir rigiendo la razón en su reflexión filosófica sobre los últimos descubrimientos científicos.

Entrando ya en las sesiones del Congreso, debemos apresurarnos a hacer constar que sus trabajos estuvieron absolutamente centrados en la doctrina tomista estrictamente tal, en la doctrina tomista de Santo Tomás; no, como alguien pudiera acaso pensar, en la doctrina escolástica general o en la doctrina tomista en cuanto a aquello en que el Angélico coincide con los doctores de la Escuela. Santo Tomás en sí mismo, en sus obras, en su letra, interpretado por sí mismo y, de vez en cuando, por sus comentaristas más fieles y profundos, Cayetano, el Ferrariense, Juan de Santo Tomás, fué el oráculo constante del Congreso. Buena prueba de esto la tenemos en el volumen de las Comunicaciones, casi en su totalidad montadas sobre una trama de textos y de citas del Angélico, de los que hacen minuciosos análisis con el afán de penetrar el auténtico pensamiento del Maestro. Si en definitiva es la luz de la Filosofía Cristiana la que viene a resolver los conflictos con los sistemas en pugna, ello sucede exactamente en la medida en que esta Filosofía Cristiana tiene su supremo intérprete en Santo Tomás de Aquino.

Por otra parte, el Congreso acusó en los assembleístas un conocimiento claro y profundo del pensamiento moderno, a la vez que de Santo Tomás. Los análisis que se hicieron del marxismo, del existencialismo y, particularmente, del hegelismo revelaron que muchos escolásticos conocen perfectamente hasta en sus últimas claves y consecuencias las grandes corrientes que monopolizan hoy el pensamiento filosófico y están en condiciones de someterlos a una revisión tomista desde sus mismas raíces, sin obrar en ellos esa previa deformación — que comienza por desvirtuarlos, desvirtuando por lo mismo la crítica correspondiente — tan frecuente, por desgracia, en manuales y estudios apologeticos. En este aspecto, como también señaló el P. Boyer en el aludido balance final, ha constituido una brillante actuación de las normas dadas en la reciente Encíclica *Humani Generis*, que inculca la necesidad de aplicar la más diligente

investigación a las cuestiones nuevas «que suscita la cultura moderna y el progreso de los tiempos». Y si no a todos fué dado exhibir tanta latitud en sus conocimientos, moviéndose con seguridad por entre la maraña del pensamiento moderno, a la vez que se mostraban al tanto de todos los secretos de los maestros clásicos, no debe olvidarse que la tarea de «ampliar» el tomismo no puede ser obra de un solo hombre —como no fuera el mismo Santo Tomás—, sino de una sociedad con división de funciones, y que entre éstas la de bucear incansablemente en los insondables tesoros del tomismo y aportar la última palabra sobre el auténtico pensamiento del Maestro es—como también se mostró en el Congreso—de singular importancia.

Al tratar de precisar un poco los resultados obtenidos del parangón de Santo Tomás con el pensamiento contemporáneo, tendríamos que comenzar por señalar capítulo aparte al primer tema por un lado y a los dos restantes por otro.

Ante sistemas filosóficos integrales como el hegelismo, el marxismo y el existencialismo, el tomismo fué considerado como el sistema indiscutiblemente apto para resolver y superar los múltiples problemas que aquellas concepciones trajeron a la conciencia filosófica contemporánea. En el orden de los problemas fundamentales, particularmente los metafísicos y gnoseológicos, apenas se hizo otra cosa que apelar a las ideas claves del sistema tomista: su doctrina del acto y la potencia, que no sólo da cuenta del ser contingente e histórico, sino que permite además remontarse racionalmente a la existencia del Acto puro; su doctrina de la abstracción, que, si por un lado concede toda la importancia al ser singular y existente como punto de partida de nuestro conocimiento, por otro otorga la primacía inteligible al universal, justifica el valor de las primeras evidencias, fundamenta la validez de la dialéctica mental estructuradora del saber científico. En este terreno el sistema tomista, por su comprensión extraordinariamente certera y equilibrada de los diversos aspectos del ser y del conocer, se mostró como la doctrina sustancialmente definitiva, frente a la cual aparecen convictas de apriorismo, arbitrariedad o parcialidad las concepciones modernas encausadas.

En problemas de carácter más secundario, entre los cuales se trataron también algunos de lógica, psicología y ética, se reconocieron aportaciones de mayor o menor interés en aquellos sistemas, pero por lo general se puso también de relieve cómo casi todas se encuentran unas veces desarrolladas ya con todo vigor—tal, por ejemplo, como señaló el P. Boyer, la noción de intencionalidad o la importancia del individuo y del concreto—, otras cuando menos esbozadas o implicadas en el sistema tomista, bastando una adecuada exposición o un esfuerzo de exégesis y desarrollo para hacerlas pasar de su estado de oscuridad o de embrión al plano de moderna actualidad a que las trajo, como hallazgo propio, la filosofía contemporánea.

Sólo en problemas de detalle se habló, en cuanto nosotros pudimos entender, de innovación o reforma en la doctrina tomista. Tal, por ejemplo, en lo tocante al conocimiento de la existencia. Para Giannini la existencia sería aprehendida por la primer operación de la mente, pero ésta implicaría entonces, por cuanto a la existencia se refiere, un verdadero juicio. Para otros, en cambio, como para el Padre Ceñal, S. J., la existencia se revelaría en el juicio, que sería entonces, a la vez, en esta materia una simple aprehensión. Ambos extremos, por lo demás, nos parecen a nosotros, tal como ya lo expuso el Padre Geiger, superables si se analiza debidamente el alcance que Santo Tomás da a la simple aprehensión, alcance que permite mantener, aun para la existencia actual, la tradicional división, sin interferencias, de las operaciones de la mente.

La actitud tomista del Congreso discurrió por cauces un tanto distintos al examinar el estado actual de las ciencias en relación con la doctrina de Santo Tomás. Ello mismo nos obligará a hablar en este punto un poco más en concreto.

Se abordaron por de pronto problemas particulares como el del indeterminismo microfísico (De Vries, S. J.; Soccorsi, S. J.), el de la inteligencia en los animales (Georg Siegmund), el del concepto de vida (Charles Journet, Mario Sancipriano), el de las matemáticas (Alvarez Laso, C. N. F.), etc., en los que la doctrina de Santo Tomás se vió invocada y aplicada sin ninguna reserva. Pero los temas que más ocuparon la atención de los congresistas fueron el del hilemorfismo y el de las relaciones de las ciencias con la filosofía, y fué en éstos donde la fidelidad a esa doctrina encontró la más dura prueba del Congreso.

Precisemos un poco. Frente al problema del hilemorfismo Monseñor Roberto Masi mostró su desconfianza en la posibilidad de probar la teoría a posteriori e intentó en cambio demostrarla a priori por el análisis metafísico de varios aspectos del cuerpo: su divisibilidad, la existencia en él de propiedades activas y pasivas, de cualidades y cantidad, su duración en el tiempo. El P. Hellín, S. J., juzgó caducada, dadas las desavenencias de los escolásticos, la noción clásica de materia prima y con ella la posibilidad de probar, tanto a priori como a posteriori, un hilemorfismo estricto, salvando de ese naufragio, «según permiten los hechos y la razón», sólo un hilemorfismo amplio de forma sustancial y sujeto ya constituido en sustancia (1). El Padre Echarri, S. J., aunque reticentemente, proclama falso el hilemorfismo de Santo Tomás desde el momento en que su sujeto, el «corpus naturale», es hoy transferido a las partículas microscópicas, a las cuales, por otra parte, afirma, tampoco se puede aplicar.

En cuanto al problema de la naturaleza noética de la ciencia y sus relaciones con la filosofía, al que se dedicó casi una tercera parte de las Comunicaciones del primer temario, se desarrolló sobre un supuesto, expreso o tácito, casi unánime: el de la distinción esencial

entre ciencia y filosofía. El P. Bonetti, C. P. S., formuló el problema en un dilema, plasmado de hecho en dos posturas del neoscolasticismo, en el que, según creemos, tocó sagazmente la clave última de la cuestión: o las ciencias experimentales hacen demostraciones por causas universales y necesarias, y entonces, no habiendo otra causa universal y necesaria que la esencia, las ciencias caen del lado de la filosofía, o no hacen tales demostraciones, y entonces no son verdaderamente ciencias, en el sentido aristotélico, sino meras descripciones y clasificaciones. Este dilema debe ser superado, según el autor, en el sentido de vindicar para las ciencias su condición de ciencias verdaderamente tales y a la vez su autonomía respecto de la filosofía; y él mismo apuntó algunas ideas de Sto. Tomás por las que cabría obtener esa superación. El P. Solís, C. M. F., a carga cerrada propugnó la necesidad de arrumbar de una vez la división clásica escolástica del saber, poniendo a un lado y dentro de una unidad esencial toda la filosofía, y de otro las ciencias, y estableciendo entre ambos órdenes unas relaciones de nuevo cuño, cuya formulación él esbozó, aunque ahogándola lamentablemente en metáforas. R. J. Connell; G. P. Klubertans, S. J.; B. Lonergan, S. J., se aplican, dando también por supuesta la distinción dicha, a determinar a la luz de Sto. Tomás las características gnósticas de la ciencia. Los dos Relatores de este temario en el Congreso, el P. Gerard de Lauriers, O. P., y el Padre Filippo Selvaggi, S. J., comulgaron también en el mismo supuesto. Así el P. Gerard esbozó una concepción muy personal del saber humano racional en la que se estratifican, coordinándose sin confundirse, cuatro órdenes de ciencias cuyo deslinde perfiló apenas: las Ciencias Físicas, la Metafísica (Filosofía Natural clásica), las Metaciencias (reflexión racional sobre cada una de las Ciencias) y la Metafísica. El P. Selvaggi se reafirmó en su conocida postura, según la cual las ciencias experimentales, sin trascender su carácter de tales, no son ajenas al análisis ontológico (en el sentido maritainiano de la palabra), hasta el punto de que ellas monopolizan el clásico primer grado de abstracción y, por consiguiente, el clásico concepto de filosofía natural, dándose, no obstante, además otra filosofía de la naturaleza que es una «ciencia media» constituida por subalternación estricta de dichas ciencias a la metafísica. En la Comunicación por él presentada dió una buena muestra de su concepción al considerar la sustancia, filosóficamente tal, como término del análisis experimental bajo el concepto de un sensible per accidens, de la misma índole que los «interfenómenos» de Reichenbach.

No dudamos de que los autores de estas doctrinas que acabamos de referir, tanto a propósito del hilemorfismo como de las ciencias, tienen perfecta conciencia de que sus ideas, en todo o en parte, no se conforman con las enseñanzas, a veces bien explícitas, de Sto. Tomás. Graves tienen que ser las razones que, no obstante, les fuerzan a formularlas, y no seremos nosotros quienes subestimemos tales razones. Ahora bien, creemos que es precisamente frente a los obstáculos más

fuerzas donde el tomismo, como sistema, debe dar la prueba más patente de su solidez sustancial y donde el tomismo, como adhesión a ese sistema, tiene su auténtica piedra de toque. Pensamos que la doctrina de Santo Tomás es tan sólidamente verdadera en su estructura esencial y en su amplio cuerno de intuiciones fundamentales que si, frente a hechos nuevos indiscutibles, hubiera algún brote que podar en ella, sería su misma vitalidad interna, la misma pujanza de sus principios apurados en toda su virtualidad, lo que la haría caer como una hoja seca, sin necesidad de ningún desgarrón infligido violentamente desde afuera. Por eso creemos que la única actitud verdaderamente tomista ante los problemas agudos planteados por los recientes progresos científicos es—aun prescindiendo de las conclusiones que se llegue a sustentar—la de aquellos que se aprestan a profundizar con más ahinco las enseñanzas de Santo Tomás en busca de aquel más hondo punto de convergencia que tiene que existir siempre entre dos doctrinas, aunque aparentemente contradictorias, verdaderas. Y de este tomismo creemos que han dado pruebas muy meritorias en este Congreso Mons. Bonetti—por más que no consideremos válida en buen tomismo la evasiva que señala al dilema enunciado—, Connell, Klubertanz, Lonergan, Masi, etc.—por más que nos reservemos nuestro juicio sobre sus hallazgos—, precedidos, desde luego, por el altísimo ejemplo del Pontífice en su discurso inaugural. Frente a esta actitud aparecieron en notable contraste la del P. Hellín, que tan de plano echó por tierra el hilemorfismo a base tan sólo de pescar en el río revuelto de las escaramuzas entre escolásticos viejos y escolásticos nuevos; o la del P. Echarrí, que viene a declarar falso el hilemorfismo de Santo Tomás escamoteándole previamente su potísima aplicación: a los seres orgánicos, y olvida que el sujeto en una proposición hace las veces de materia última, debiéndose por ende distinguir entre proposición material y formalmente falsa, y niega, demasiado a la ligera a nuestro juicio—y recuérdese el discurso del Papa—la posibilidad de aplicar el hilemorfismo a las partículas microscópicas; o la del P. Solís, que con tan escasas pruebas sienta conclusiones tan absolutas en contra de toda la doctrina tradicional sobre la distinción y sobre la organización de las ciencias.

Resumiendo, pues, nuestras consideraciones sobre las enseñanzas del IV Congreso Tomista Internacional de Filosofía en relación con el tomismo, podríamos compendiarlas en estas breves conclusiones:

1.ª El Congreso, al examinar varias doctrinas contemporáneas de gran envergadura a la luz del pensamiento de Santo Tomás, constituyó una fecunda lección de exégesis viva del tomismo, al interpretar a su Maestro, no sólo en sí mismo, en su propia letra, a la luz de sus contextos internos y externos, sino en función de la realidad, su término trascendental, único criterio y piedra de toque para decidir la contienda entre sistemas y doctrinas contrapuestos.

2.ª El Congreso puso de manifiesto en la materia viva de más de cuatrocientas inteligencias representantes de muy diversos centros científicos de todo el globo y bien abiertas a la más palpitante problemática filosófica, que el tomismo es de hecho, en el mundo de hoy, un sistema de enorme extensión y vitalidad.

3.ª Y mostró que, si es cierto que en puntos fundamentales de doctrina le separa del pensamiento contemporáneo un verdadero e irreductible antagonismo,—sólo salvable mediante una conversión del pensamiento moderno al tomismo, ya que la verdad está de su parte—, también es cierto que en otros muchos puntos ya el tomismo había expresado y desarrollado con todo vigor los mejores hallazgos de la filosofía moderna, o los contiene esbozados en fórmulas que sólo esperan un adecuado desarrollo por parte de los tomistas; o se encuentra, cuando menos, en condiciones de revisar sus conceptos desde la base de sus mismos principios fundamentales cuando quiera que nuevos e incontrovertibles descubrimientos lo exijan.

4.ª De este modo, y como fruto de su victorioso parangón, el tomismo apareció en el Congreso, por demostración a posteriori y por vía de verificación, como el auténtico sistema perenne, a la vez sustancialmente hecho y abierto en línea homogénea, a todo verdadero progreso del pensamiento; como el núcleo sustancial único sobre el cual es posible trabajar indefinidamente en pos de una síntesis integradora de toda parcela de verdad.

5.ª Y, en fin, se puso de manifiesto que la restauración tomista, con tanto ímpetu acometida por León XIII, e impulsada por los Pontífices posteriores, tan sabiamente comprendida y secundada por el Cardenal Mercier en Lovaina y por la Academia de Santo Tomás en Roma, ha alcanzado al cabo de 70 años metas insospechadas de desarrollo; pero que es tan grande la tarea que todavía le resta en la realización de la síntesis verdaderamente integradora—a la que, como recordaba el Papa al final de su discurso inaugural, es necesario que concurren todas las ramas del saber humano—que también aquí, y a pesar de la nutrida concurrencia al IV Congreso Tomista Internacional, tiene perfecta aplicación el texto del Evangelio: «La mies es mucha, pero los operarios son pocos».

FR. JESUS M. R. ARIAS, O. P.